

Sociología del Trabajo

ISSN-e 2603-9710

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.77192> EDICIONES
COMPLUTENSE

“La pregunta no es cómo producir igual o más riqueza social, sino cómo apropiárnosla y convertirla en la verdadera riqueza de la igualdad y la libertad”.

Entrevista con Kathi Weeks, autora de *El problema del trabajo*.

Traducción, introducción, entrevista y notas de Álvaro Briales¹

Resumen. En esta entrevista conversamos con Kathi Weeks, autora de *El problema del trabajo* recientemente publicado en castellano. En su obra, Weeks pone en juego una caja de herramientas que recorre distintas tradiciones desde los feminismos a los marxismos, desde la teoría literaria a las perspectivas de las luchas políticas, útiles para una concepción crítica del trabajo actualizada para el siglo XXI. En la conversación, aborda temas como los efectos de la pandemia en la ética del trabajo, los sujetos y movimientos políticos que en el presente podrían encarnar el rechazo al trabajo, la potencia de las demandas de Renta Básica Universal y de reducción de la jornada laboral, las paradojas y debates sobre el desarrollo tecnológico y la automatización, y la crítica de lo que denomina el sistema de el-trabajo-y-la-familia.

Palabras clave: feminismo, marxismo, rechazo del trabajo, renta básica, reducción de jornada.

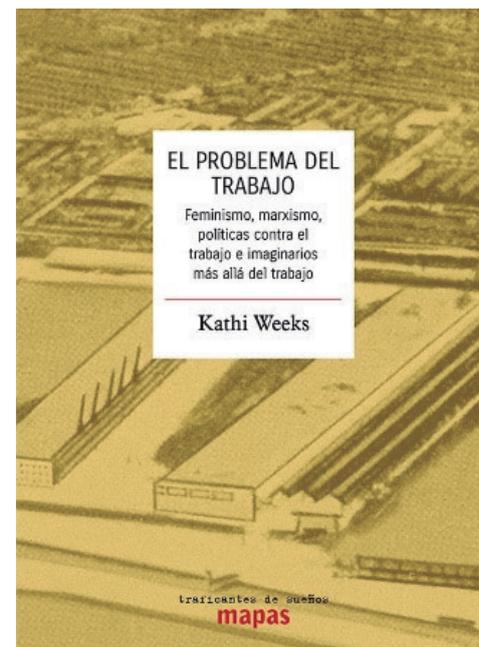
[en] Interview with Kathi Weeks, author of *The Problem with Work*

Abstract. In this interview we converse with Kathi Weeks, author of *The Problem with Work*, recently published in Spanish. In her work, Weeks uses a toolbox that runs through different traditions, from feminisms to marxisms, from literary theory to the perspectives of political struggles, which are useful for a critical conception of work updated for the 21st century. In the conversation, she addresses issues such as the effects of the pandemic on work ethics, the political subjects and movements that may embody the refusal of work, the power of the demands for Universal Basic Income and shorter hours, the paradoxes and debates about technological development and automation, and the critique of what she calls the work-and-family system.

Keywords: feminism, marxism, refusal of work, basic income, shorter hours.

Introducción

Kathi Weeks es profesora de género, sexualidad y estudios feministas en la Universidad de Duke. Entre otros trabajos, es autora de *Constituting feminist subjects* (Verso, 2018) y *The problem with work* (Duke, 2011), recientemente publicado en castellano como *El problema del trabajo: feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo* (Traficantes de Sueños, 2020). Weeks abre su obra preguntándose por qué la teoría política ha prestado tan poca atención al problema del trabajo, y frente a su privatización y despolitización, propone una reflexión sobre los modos de hacer público y repolitizar lo laboral. Para ello, la primera parte del libro se dedica a la deconstrucción del trabajo a partir de un análisis histórico-conceptual de la *ética del trabajo* y el *rechazo del trabajo*. Tras este análisis crítico, la segunda parte del libro aborda las propuestas de reconstrucción de lo que llama las *políticas más allá del trabajo*, centradas en las demandas de la Renta Básica Universal y la reducción de la jornada laboral, así como los imaginarios de esperanza para “tener una vida” en la que el trabajo no sea el centro de la vida.



¹ Traductor de *El problema del trabajo* al castellano. Departamento de Sociología Aplicada, Universidad Complutense de Madrid, abriales@ucm.es. Con permiso de *Sociología del Trabajo*, una versión de esta entrevista sin la introducción y las notas aparecerá también en *El Salto Diario*.

Entrevista

AB: Tu libro The Problem with Work fue pensado y escrito sobre todo en la primera década de los 2000, y publicado en 2011. Casi diez años tras su publicación en inglés, lo hemos traducido y publicado en castellano porque pensamos que muchas de sus ideas son enormemente útiles para las luchas actuales y la reflexión sobre esas luchas. Sin embargo, desde 2011 hemos vivido una década realmente turbulenta y vertiginosa, entre otros muchos ejemplos, con el movimiento de las plazas, el auge y caída de Trump en Estados Unidos, la expansión de las extremas derechas, el Brexit, un resurgimiento enorme del movimiento feminista, el aumento de la violencia en las fronteras, la crisis sanitaria, y la emergencia climática y ecológica. Tras esta década, te queremos plantear unas pocas preguntas que permitan leer tu libro con algunas claves de interpretación aterrizadas en las problemáticas del presente.

En las condiciones de la pandemia hemos visto una intensa polarización, por un lado, entre una fuerte ética del trabajo como algo “esencial” en comparación con otras esferas de la vida, y por otro lado, una conciencia del sinsentido de buena parte de los actuales empleos. ¿Cómo ha sido esto en el caso de Estados Unidos, un país con una ética del trabajo tan fuerte? ¿Crees que la pandemia, entre otras circunstancias, ha modificado los imaginarios del trabajo, y por tanto, las posibilidades de demandas como la Renta Básica Universal que analizas en tu libro²?

KW: Sí, completamente. Cuando los valores dominantes alaban el trabajo como algo central en lo que significa ser un individuo de éxito y un miembro digno de la sociedad, durante la pandemia una clara mayoría de gente en Estados Unidos insistió en que el trabajo no era algo por lo que morir o por lo que valía la pena arriesgar la salud de los demás. Aunque esto pueda significar otras muchas cosas, el parón de la economía debería reconocerse como una expresión del rechazo a esa manera de entender y valorar el trabajo generador de renta. También el trabajo se ha desmitificado de otra manera con el reconocimiento de que solo algunos empleos son lo suficientemente útiles como para ser considerados “esenciales” para la sociedad, y estos no suelen ser los mejor remunerados o de alto estatus. Así, por ejemplo, finalmente se reconoció que los trabajadores y trabajadoras de comercios de alimentación realizaban un trabajo importante y socialmente útil, a pesar de que al mismo tiempo se les pedía que se presentaran a empleos peligrosos y aun así mal pagados. La otra cara fue que se hizo cada vez más obvio que buena parte del resto de empleos, quizás la mayoría, eran poco necesarios si no totalmente inútiles, es decir, sin ningún sentido más allá de generar beneficio y sueldos. Y si la institución familiar ha sido la forma típica o normativa de recluirmos en los hogares, la pandemia también nos obligó a depender aún más intensamente un trabajo doméstico no asalariado del cual se espera que nos sostenga o reproduzca en el día a día y generación tras generación a pesar de tener muy poco apoyo social o tiempo descontado del trabajo asalariado. La crisis reveló con mucha mayor claridad las espectaculares exclusiones y disfunciones —si bien muy mundanas y cotidianas— producidas por el sistema de el-trabajo-y-la-familia, en parte porque los medios de comunicación se vieron obligados a informar sobre muchas de las increíbles tensiones que se produjeron en los hogares. El tema de la renta básica universal recibió un gran impulso en un periodo en el que se hizo evidente que el sistema salarial y la familia, como dos de los mecanismos básicos de distribución del ingreso, no están a la altura en tiempos “normales” ni mucho menos tienen la capacidad de garantizar seguridad y sustento en tiempos de crisis. No sé cuánto tiempo durará el impulso de estos actos de rechazo y desmitificación de los empleos “productivos” inútiles y del trabajo reproductivo no remunerado, pero seguramente sobre ello se puede construir algo que demuestre por qué necesitamos un modo más racional, completo y confiable de recompensar todas las formas de trabajo y de distribuir renta para todas las personas.

AB: En el caso español o el inglés, en los últimos tiempos algunos sectores están intentando abrir nuevamente el debate sobre la reducción de la jornada laboral a 32 horas, o a 30 horas. En algunas versiones, su justificación se basa tanto en su compatibilidad con un cierto productivismo (“trabajar menos nos hace ser más productivos”) como con el familiarismo (“trabajar menos para estar más tiempo con la familia”), ambas justificaciones que son criticadas en tu libro³. Resumidamente, ¿qué requisitos básicos desde tu punto de vista tendría que tener esta demanda en un país como España?

KW: Es una pregunta muy importante, pero realmente no la puedo responder. En la medida en que la práctica de la política es un arte más que una ciencia, la formulación y promoción de demandas es un asunto necesariamente situado que depende del contexto político, económico y cultural local. Lo que puedo decir es: por un lado, creo que está claro que hay que pensar en términos de reformas que sean oportunas e inteligibles, lo que implica apelar a términos que nos sean familiares y que probablemente tengan algún tipo de sentido inmediato para la gente. Según esa lógica, defender la demanda de reducción de jornada evocando la eficiencia en el puesto de trabajo o en nombre de los valores familiares podría ser una manera viable de asegurar unos niveles de apoyo mayor. Por otro lado, existen profundas limitaciones en ese tipo de pragmatismo político a corto plazo. En primer lugar, no me convence el moderar las propias demandas para que inspiren un apoyo pasivo, sino que el activismo apasionado y la militancia son necesarios para impulsar un gran proyecto de reforma. En segundo lugar, hay mucho que hablar acerca de quiénes podrían ser

² Sobre estas cuestiones, véanse los capítulos “Un mapa de la ética del trabajo” y “Demandas laborales. Del salario para el trabajo doméstico a la renta básica” en *El problema del trabajo*.

³ Sobre ejemplos de demandas en el caso español, véase por ejemplo la campaña “Trabajar menos, vivir más” de *Ecologistas en Acción* o las propuestas de *Más País*. En el caso inglés, véase la campaña de *Autonomy* sobre la *4 day week campaign*. Respecto a las aportaciones de Kathi Weeks, véase su capítulo “«Tiempo para lo que queramos». El trabajo, la familia y la demanda de reducción de jornada” en *El problema del trabajo*.

excluidos por estas justificaciones y sus posibles consecuencias no intencionadas. Aquí es donde encuentro que el argumento de “más tiempo para la familia” es particularmente poco convincente. Hablamos como si todo el mundo tuviera una “familia”, pero ese es un mito peligroso para muchas de nosotras que no la tenemos o no queremos tenerla, o que no tendríamos por qué deber o querer dedicarle ese tiempo. No querría que se perpetuase la mitología de la familia que ignora la violencia que ocurre dentro de las familias y que invisibiliza el trabajo económicamente fundamental que allí se realiza con poco apoyo bajo el disfraz del amor romántico. Presentar la demanda de reducción de jornada en términos de tiempo para la vida, como única justificación posible, me parece una formulación más abierta, inclusiva y menos prescriptiva. Finalmente, yo diría que una demanda política radical que se precie también requiere un horizonte, un algo más allá, algo más que las posibles concesiones que seamos capaces de ganar en el corto plazo. De manera que la campaña por la reducción de jornada también pueda ser un proceso de aprendizaje, un laboratorio, para el cultivo de otros deseos y demandas más allá. Cómo se negocia la relación entre las consideraciones prácticas a corto plazo y el horizonte radical a más largo plazo es un tema de estrategia y táctica que siempre está en debate y que se figurará de distintas maneras según cada lugar y momento.

AB: Si tomamos como referentes históricos del rechazo del trabajo las formas del sindicalismo revolucionario a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, o el caso del operariado y el feminismo italiano en los setenta, quizás en el siglo XXI es más difícil ver un sujeto tan delimitado que plantee esas reivindicaciones⁴. En este sentido, ¿qué movimientos políticos crees que encarnan, o podrían encarnar; la crítica del trabajo asalariado en la actualidad? O, ¿qué expresiones, quizás en planos políticos más informales, encuentras de mayor interés para comprender las formas que puede adquirir el rechazo del trabajo en el siglo XXI?

KW: Sí, creo que tienes toda la razón al no pensar hoy en las luchas contra, o más allá, del trabajo en términos de un sujeto político único o delimitado. Por el contrario, tiendo a pensar que la mayoría de movimientos sociales y campañas activistas están influenciados por, y contribuyen a, la crítica del trabajo asalariado y no asalariado. Y si no lo están, deberían estarlo. Dado que el sistema de producción y reproducción de el-trabajo-y-la-familia nos afecta en casi todos los aspectos de nuestras vidas, parece por ello relevante para tantas luchas. Lo pienso de esta manera: en la medida en que el objetivo de nuestra crítica política y activismo sea el capitalismo racial, de ocupación, colonial y heteropatriarcal, entonces el trabajo —incluyendo el trabajo de hogar y comunitario, reproductivo y de cuidados no asalariado— es la vía por la que la mayoría de la gente nos sumergimos y conectamos con ese sistema (y estar en desempleo en una sociedad que distribuye los medios de vida principalmente a través del trabajo asalariado no te exime de esto). Si esto es cierto, entonces el trabajo debería ser algo que tales movimientos deberían abordar, y con frecuencia lo hacen. Por ejemplo, el Movimiento *Black Lives* en Estados Unidos aborda los ataques del capitalismo racial desde la división racial del trabajo a la brecha racial en la riqueza y la falta de apoyo a sus hogares y comunidades. El abolicionismo de las cárceles desafía el sistema industrial penitenciario como una forma de tratar, encerrar y silenciar a las poblaciones superfluas que el sistema de el-trabajo-y-la-familia capitalista no puede integrar. El movimiento de la huelga feminista internacionalista se centra en rechazar y visibilizar la dependencia del capital respecto a la explotación del trabajo de cuidado feminizado y no asalariado que le provee de trabajadores y consumidores día a día y generación tras generación. Lo que pasa con el trabajo es que no funciona y nos falla a la mayoría de las personas: porque no hay suficientes empleos, porque se paga tan poco que no puedes mantenerte o porque trabajas tantas horas que no tienes tiempo para vivir. Los sindicatos son un espacio importante de la política de y contra el trabajo, pero otros tipos de organización, movimiento y activismo también están asumiendo los problemas relacionados con el trabajo dado que estos no se limitan a una clase social o a determinados sectores de la economía.

AB: En los discursos sobre la liberación del trabajo hay una tensión histórica que, entre otros elementos, depende de cómo concebamos la posibilidad de una apropiación (o no) del cambio tecnológico en un sentido emancipador, de tomar “las fuerzas productivas” en el sentido clásico. Sin embargo, en tu libro no abordas la cuestión tecnológica en profundidad. Resumidamente, ¿cómo te planteas hoy esa relación entre la liberación del trabajo y la dimensión tecnológica?

KW: Desconfío de la forma en que la tecnología se figura en algunos debates recientes. Porque creo que tenemos una tendencia notablemente obstinada a pensar la tecnología como algo en sí mismo, como si no fuera siempre un producto e instrumento de las relaciones sociales, como herramientas humanas que pueden tomar una miríada de formas y tener usos muy distintos. Entonces, tanto si celebramos la tecnología por liberarnos del trabajo como si la acusamos de robarnos el empleo, existe la sensación de que “eso” tuviera el control de mando, en lugar del Estado y el Capital. En la medida en que esto mantenga nuestra atención en preguntas sobre el desarrollo tecnológico en lugar de en preguntas más importantes —como la calidad y cantidad del trabajo asalariado y la distribución de la renta; como la organización, distribución y valor del trabajo de cuidado no asalariado; como quién está tomando las decisiones de inversión y con qué fin—, entonces creo que se corre el riesgo de que nos distraigamos o desorientemos.

Esto también ocurre en algunos debates sobre la renta básica universal. Algunos argumentan que un aumento dramático del desempleo tecnológico en la era digital es una razón por la que deberíamos apoyar una renta básica. Otros

⁴ Véase el capítulo “Marxismo, productivismo y rechazo al trabajo” en *El problema del trabajo*; o para una obra reciente de síntesis, Frayne, D. (2017). *El rechazo del trabajo: teoría y práctica de la resistencia al trabajo*. Madrid: Akal.

responden a eso argumentando que los trabajadores serán desplazados en algunos sectores de la economía, pero otros empleos absorberán a muchos de ellos. Simplemente, no creo que nuestro apoyo a la demanda de renta básica deba depender de ese debate. Hay otros problemas mucho más fundamentales y urgentes en los que deberíamos centrar la atención respecto al trabajo asalariado como sistema de asignación de renta: las disparidades raciales y de género en los salarios y el desempleo; la enorme cantidad de trabajo reproductivo y de cuidados no remunerado en los hogares y las comunidades realizado de manera desproporcionada por mujeres sin el cual no habría una economía de trabajo asalariado; las terroríficas tasas de lesiones, enfermedades y muertes en el lugar de trabajo, incluido el enorme peaje que el estrés crónico de los trabajos mal pagados tienen en el cuerpo y la mente de la fuerza de trabajo; por no hablar del margen permanente de desempleo que no se considera un fracaso sino un signo de salud de las economías capitalistas. Si estas preguntas son tan importantes como lo son en el contexto del debate sobre la renta básica, centrarse en la tecnología o en este caso en el desempleo tecnológico me parece una forma potencial de eludir o evitar abordar algunas de los defectos más básicos y de largo alcance del sistema salarial.

AB: Más concretamente, el debate actual sobre el sentido del desarrollo tecnológico está polarizándose fuertemente a partir de las condiciones de la emergencia climática y la crisis energética. Por un lado, hay una oposición entre algunos marxistas y defensores del Green New Deal que tienden a apoyar fuertes inversiones en tecnologías verdes, y por otro lado, propuestas como el decrecimiento o el ecofeminismo que abogan por una fuerte reducción de las infraestructuras tecnológicas y de la complejidad de los sistemas sociales actuales. Otra oposición, por ejemplo, la encontramos en la idea de que vamos al Fin de la Naturaleza Barata, según Jason Moore, y la idea de una posescaz o abundancia material ilimitada que resultaría de la Tercera Disrupción, según Aaron Bastani⁵. ¿Qué implicaciones crees que pueden tener estos debates para actualizar o matizar los términos clásicos de la liberación del trabajo?

KW: No puedo hablar de esos textos específicos, pero creo que está bastante claro que llamar a una reducción del trabajo asalariado es coherente tanto con el decrecimiento como con el crecimiento verde, ambos enfoques que de alguna manera yo apoyaría. Hay dos puntos que quiero agregar a esto sobre cómo las políticas de cambio climático y destrucción ambiental se relacionan con las políticas contra y más allá del trabajo que yo defiendo. El primer punto es que creo que es importante reconocer que el “productivismo” —es decir, la celebración del trabajo duro individual, la productividad y la autodisciplina que está en el corazón de la ética del trabajo moderna— está íntimamente ligado con el consumismo en las sociedades de capitalismo avanzado. Se supone que los bienes y servicios de consumo son nuestra recompensa, la gratificación pospuesta y debidamente aplazada al acabar el trabajo, por todo el digno sacrificio de nuestra fuerza de trabajo. La ética del trabajo y el consumismo son las dos caras de una misma moneda, el engranaje que impulsa al sistema económico. Al cuestionar una de esas caras también se desafía a la otra cara. Entonces, más que imaginar que un menor tiempo de trabajo solo nos dará más tiempo para ir de compras, en vez de ello creo que nos dará un tiempo adicional para cultivar placeres y pasatiempos más satisfactorios y sostenibles. En ese sentido, la disminución de jornada y la renta básica universal podrían ayudar a sostener una reducción de trabajo que tendría un beneficio doble desde la perspectiva de una política del decrecimiento. El segundo punto que quiero añadir es una advertencia sobre dos trampas en las que a menudo parece que caemos cuando imaginamos el futuro: o lo imaginamos como algo muy cercano al modelo actual como en un progreso lineal respecto a lo que tenemos ahora, o nos basamos en un modelo del tiempo pasado como una vuelta a algún período anterior de la historia. Lamentablemente, ambas maneras parecen inadecuadas en relación con cómo ocurre el cambio social, con cómo se mueve la historia. Aquí solo quisiera señalar que no creo que tengamos que elegir entre robots o granjas ni entre una producción industrial hipertecnológica y una producción artesanal a pequeña escala. No estoy diciendo que los autores que has mencionado ofrezcan una de estas opciones; simplemente quiero que recordemos y seamos plenamente conscientes de la utilidad y de las limitaciones de nuestras visiones del futuro, limitaciones que no son culpa nuestra sino la consecuencia de los estrechos horizontes de toda perspectiva situada.

AB: En la misma línea, y en relación con las demandas utópicas que trabajas de una manera tan estimulante en tu libro⁶, tras leer propuestas de “automatización total” como las que por ejemplo sostienen influyentes sectores en la izquierda británica⁷, me surge el problema de un utopismo quizás “peligroso”: por ejemplo, Aaron Bastani ha defendido en Comunismo de Lujo Totalmente Automatizado que una crisis tan crucial como la de los recursos minerales como el litio, el fósforo o el níquel, podría resolverse mediante la minería de asteroides, lo que a su vez depende de naves espaciales propulsadas por oxígeno. De este modo, ¿cómo crees que el materialismo “científico” del actual pensamiento ecologista condiciona e influye en la forma que pueden tomar nuestras utopías de liberarnos del trabajo asalariado?

⁵ Véase Moore, Jason (2015). *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. London: Verso [hay trad. esp.: *El Capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños], y Bastani, Aaron (2019). *Fully automated luxury communism*. London: Verso [traducción al castellano en la editorial Antipersona].

⁶ Véase el capítulo “El futuro es ahora. Las demandas utópicas y las temporalidades de la esperanza”, en *El problema del trabajo*.

⁷ Respecto a las propuestas de *automatización total*, cabe señalar al llamado *aceleracionismo*, y a libros como *Inventando el futuro*, de Nick Srnicek y Alex Williams, o el ya mencionado *Comunismo de lujo...* de Bastani. Respecto a los actuales debates sociológicos sobre la automatización, en lengua castellana se pueden leer varios monográficos recientes: “Digitalización, robotización, trabajo y vida” en *Cuadernos de Relaciones Laborales* —volumen 37 (2) de 2019—, “El futuro del trabajo ante los retos de la economía de plataformas y de la industria 4.0” en la *Revista Española de Sociología* —número 30 (3) de 2021— y “Trabajo digital, redes sociales y debate sobre la renta básica” en *Sociología del Trabajo* —Núm. 93, de 2018—.

KW: ¿Qué tiene la exploración espacial que se apodera de la imaginación de algunas personas? Como investigadora de estudios de género, siento la necesidad de especificar que tales personas no suelen ser mujeres o femeninas. Debo decir que la exploración espacial no me dice nada. Estoy de acuerdo en que la evocación de la minería de asteroides y de las naves espaciales suena más bien a un ejemplo del *deus ex machina* típico del género narrativo del progreso tecno-utópico: una solución milagrosa frente a un problema obstinado que se supone que lleva el relato hasta su final feliz. Dicho esto, no descartaría los posibles usos de la “automatización” para reducir las cargas de trabajo humano y animal. Pero seguramente la tecnología —nos podríamos referir a esto como tecnología “apropiada” o “responsable”— debe ser concebida, desarrollada y juzgada como parte de un ecosistema natural y social más amplio, no como si fuera un fenómeno de alguna manera antinatural o asocial. Tampoco quisiera negar de manera simple la imprevisibilidad del futuro de la creatividad humana o las nuevas ideas que se nos podrían ocurrir para distanciarme o refutar a los defensores del status quo que reducen esa creatividad a la invención heroica de un emprendedor que no logra construir nada más que otra trampa para ratones rentable. Pero mi reacción más inmediata a tu pregunta es que tal vez debamos abordar el lujo comunista desde un registro diferente, en términos del lujo de la ociosidad, la amistad, el aire fresco y la comunión con la naturaleza, como cosas que podríamos disfrutar si dispusiéramos de más tiempo por fuera del trabajo. Me parece que realmente la pregunta no es sobre nuestra capacidad para producir más o incluso el mismo nivel de riqueza social y económica, sino sobre cómo podemos apropiárnosla y convertirla en la verdadera riqueza de la igualdad y la libertad.